

FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO

Edición especial

Número 48

El canto de la vida

Por Gabriel Burgos Suárez

EL CANTO DE LA VIDA

Charla basada en comentarios del señor Jinarajadasa

Gabriel Burgos Suárez

En la Sociedad Teosófica tenemos tres libros que debieran ser una guía constante para nuestra vida espiritual: *A los pies del Maestro*, *La Voz del Silencio* y *Luz en el Sendero*. Este último libro se utiliza en la instrucción de los discípulos. Es parte del *Libro de los Preceptos de Oro*, destinado para el aceleramiento de la evolución de aquellos que están en el Sendero. Tan solo hasta donde el hombre sea capaz y esté dispuesto a vivir de acuerdo con sus enseñanzas podrá comprenderlas.

Si ha sido escrito para discípulos ¿de qué nos sirve a nosotros?

El discípulo ha trascendido muchas de nuestras dificultades; ha dominado en gran medida su personalidad y está empeñado en trasladar su conciencia al nivel intuicional. Nuestra vida está confinada a lo externo en gran medida; el control lo tiene la personalidad. El discípulo está centrando su vida en su interior; el control lo tiene la individualidad.

Las instrucciones de este libro le ayudan a la ampliación de su conciencia. Cuando lo logre tendrá que escalar alturas mayores, tiene que ir a profundidades mayores, pues la evolución no tiene límites. Tendrá que centrar su conciencia en el nivel volitivo y poner la individualidad al servicio de su *Atman*. El discípulo tiene que convertirse en Maestro. Más adelante tendrá que centrar su conciencia en la misma Mónada —esto es algo que no podemos comprender sino muy vagamente— y aun la Mónada tendrá que fundirse con el Logos.

De tal manera que las instrucciones de un libro como *Luz en el Sendero* tienen diferente significación de acuerdo con el nivel de evolución alcanzado y con la meta inmediata por lograr —el aspirante, el discípulo, el Maestro. Nosotros, posibles aspirantes, vislumbramos el Sendero y se nos indica lo que debemos hacer para entrar en él. Nuestra comprensión es muy limitada, pero se ampliará en la medida en que vivamos la vida requerida.

Así que este libro es una joya para el estudiante sincero de Teosofía. Fue dado al mundo occidental por el Maestro Hilarión, quien le agregó valiosas notas. El Maestro Hilarión lo obtuvo del Maestro El Veneciano —«uno de los *Chohanes*».

La comprensión del libro depende de la propia facultad de cada uno de responder a los pensamientos que él contiene. Si no podemos responder a una verdad, no es verdad para nosotros. Por tanto, cuando tratamos con libros escritos por ocultistas, podemos comprender sus ideas solamente en proporción a nuestro propio adelanto espiritual. Cualquier esfuerzo sincero por vivir de acuerdo con la enseñanza siempre arroja luz sobre ella.

* * * *

Entre los aforismos que nos presenta el libro *Luz en el Sendero* encontramos este, conocido como la Regla 5:

Escucha el Canto de la Vida. La vida misma lenguaje tiene, y nunca está en silencio. Y su enunciado, como tú que eres sordo puedes suponer una exclamación, es un canto. Aprende de él que eres parte de la armonía; aprende de él a obedecer las leyes de la armonía.

Aquí se nos indica que la vida es un canto.

Hay vida por todas partes, en todos los reinos de la naturaleza, aun en aquello que consideramos inanimado. La vida está en todo y se expresa en todos los niveles. Su manifestación en el campo físico es belleza de todo orden: las flores, los árboles, las pequeñas plantas, los gigantes de los bosques, la maravilla que se encierra en un insecto, la variedad de colores y dibujos en el ala de una mariposa, la perfección de todo el reino animal, la increíble maravilla de un cuerpo humano.

Belleza indescriptible por todas partes. En los fenómenos naturales, en la lluvia, en el agua, en el río, en el arroyo, en el lago y en el mar. En las infinitas formas de las nubes que cambian de instante en instante, en la calma y en la tempestad, en los climas y en las estaciones. En fin, en todo lo que ha llevado a los poetas y a los artistas a sus cantos que exaltan el maravilloso don Divino de la vida que se muestra en infinitas variedades por todas partes; a los científicos a comprender el mundo en que vivimos; y al hombre religioso a adorar a Dios. La vida es belleza, dinamismo, construcción, cambio, perpetua renovación, perfeccionamiento hacia mayores alturas, alegría, despertar de un sueño para encontrar realidades mayores, armonía, y así sucesivamente.

Es cierto que también hay muerte, que es todo lo contrario de la vida. La muerte es un marchitarse, un detenerse, un terminar. Es tristeza y amargura. Es la terminación de toda belleza para encontrarse con el horror de los despojos. Sin embargo, esta visión de la muerte, que es la corriente, no es correcta. La vida se expresa a través de una infinita variedad de formas, siempre cambiantes, que nacen, crecen, se desarrollan, llegan a su apogeo, para luego declinar y morir. Es el destino de la forma.

Pero sin la muerte de la forma, la vida no podría expresarse cada vez mejor. Hubo un tiempo en que en la tierra no había rosas. Un día, hace millones de años, aparecieron las primeras. En verdad rosas, pero sin la belleza que hoy muestran en color, en forma, en tamaño, en variedad. Hoy exhiben una belleza que no tenían entonces, pero que es apenas una vislumbre de la belleza que expresarán dentro de unos millones de años. La rosa tiende, a través del tiempo y del cambio constantes, hacia un arquetipo que existe desde un principio en la Mente Divina. Y ese arquetipo es de infinita belleza. Y lo mismo que pasa con la rosa ha pasado y pasa y seguirá pasando con cada átomo, con cada partícula, con cada planta, con cada criatura en el universo. Para cada uno hay un arquetipo hacia el cual tiende y que debe alcanzar y alcanzará.

Sin la muerte de la forma eso no sería posible. La forma es transitoria; es un medio y es una expresión de algo infinitamente mayor que está en su interior. Y ese algo es la vida. Es la vida Divina cuyas potencialidades infinitas solamente podemos percibir limitada e

imperfectamente a través de la variedad de lo que se manifiesta: de la creación siempre cambiante y siempre creciendo hacia mayores alturas.

De suerte que la muerte es una ilusión. La materia no se destruye; con ella se construyen nuevas formas. Se destruye la forma para que crezca la vida y nuevas formas aparecen ante nuestros ojos atónitos.

Si las formas se destruyen y la vida crece, eso nos lleva a percibir que la vida es mucho más que la forma, así tenga toda la hermosura imaginable. La vida crea las formas y es más que ellas. Yace en su interior, anima a la forma, conoce el mundo externo a través de ella, y desarrolla las potencialidades que le son inherentes. Sus potencialidades son las mismas de la Divinidad, puesto que no hay vida que no sea su vida. Y esas potencialidades se desarrollan lentamente, pero de manera siempre creciente, sin límites posibles, puesto que Dios no tiene límites. Si las formas se destruyen y la vida crece, eso nos lleva a percibir que la vida es mucho más que la forma, así tenga toda la hermosura imaginable. La vida crea las formas y es más que ellas. Yace en su interior, anima a la forma, conoce el mundo externo a través de ella, y desarrolla las potencialidades que le son inherentes. Sus potencialidades son las mismas de la Divinidad, puesto que no hay vida que no sea su vida. Y esas potencialidades se desarrollan lentamente, pero de manera siempre creciente, sin límites posibles pues Dios no tiene límites.

Esa manera de crecimiento de la vida se cumple dentro de leyes naturales maravillosas e inmutables, no solo en el campo de las formas físicas, sino en niveles suprafísicos: emocional, mental y espiritual. Allí la vida se expresa aún más bellamente que en el plano físico. La ley que rige este crecimiento de la vida es la EVOLUCIÓN. Todo está en evolución hacia ese ideal de perfección que desde un comienzo existe en la Mente Divina. Por consiguiente, el destino del mundo no es de caos, confusión y destrucción como imagina el científico, sino de absoluta paz, fraternidad, belleza y armonía. Ciertamente toda forma se destruirá como lo ve la ciencia, pero la vida crecerá hasta cumplir su etapa y comenzar desde allí un nuevo mundo de formas en donde la vida continúe creciendo.

La visión que nos muestra la Teosofía es maravillosa y nos llena de optimismo. El mundo tiene un sentido hacia una meta precisa establecida por Dios desde un comienzo. Y esa meta se cumplirá con el concurso nuestro, pues hemos sido invitados por Dios a participar en esta gloriosa obra. Tanto más pronto se cumplirá este propósito cuanto más despiertos y más dispuestos estemos a colaborar en ese Plan.

Todo se cumple en la más perfecta armonía. Nada está desconectado, nada está fuera del Plan Divino. Todo sucede para el bien del todo. Cada parte está aprendiendo a integrarse al concierto de la vida. En una orquesta cada músico da lo mejor de sí, no para destacarse, sino para que todos unidos puedan dar al mundo la belleza de la sinfonía creada por el compositor. En forma similar, aunque infinitamente más grandiosa, cada uno de nosotros debe prepararse para convertirse en un artista de la vida que pueda representar su parte en ese gran concierto de perfecta belleza, sabiduría, amor y fraternidad que constituirá la humanidad como un todo de acuerdo con el Plan de Dios para nosotros los seres humanos.

* * * *

Al comenzar el aforismo se nos dice que LA VIDA ES UN CANTO.

Pienso que no hay mejor manera de expresar lo que es la vida. Siempre se ha considerado a la música como la más excelsa de las artes, pues todas las demás conducen a la música. Todas las artes buscan la armonía para expresarse como lo hace la música. De la arquitectura se dice que es música congelada. Carlyle nos dice que “La música es una especie de inarticulado e impenetrable lenguaje que nos conduce al borde del infinito y por un momento nos permite contemplarlo.” Si la vida es un canto, tenemos que escucharlo. Debemos aprender a escucharlo para contemplar algo de ese infinito.

Ciertamente que la naturaleza nos maravilla, como decíamos al comienzo de esta charla. Pero solamente estamos observando su expresión más externa de belleza. Hombres crueles gustan rodearse de cosas bellas, sienten placer en poseerlas, pero no son capaces de oír el canto de la vida.

Ese canto tiene mayores implicaciones. Para escucharlo tenemos que ir más allá de las formas, tenemos que ir más profundo. Ese canto viene de lo más íntimo de cada ser, de cada piedra, de cada planta, de cada criatura. Para escucharlo tenemos que querer hacerlo. Amar la música que es la vida. Amar y respetar esa vida. Para escuchar su canto en toda su belleza tenemos que convertirnos en artistas de la vida. La vida es el más glorioso de los conciertos y debe ser tocado por músicos perfectos. De otra forma no seremos parte de la armonía, no podremos crear esa armonía.

Para escuchar el canto de la vida debemos ir a su fuente, que no está fuera en lugar distante, sino aquí mismo en lo más profundo de nuestros corazones. Tenemos que acallar el ruido externo que no nos deja oír el canto y despertar nuestros sentidos internos para oírlo.

Esto implica un cambio completo de actitud, y de ese cambio nos habla a cada paso la Teosofía.

Sigue el aforismo: **“La vida misma lenguaje tiene, y nunca está en silencio.”**

Cuántas veces nos preguntamos ¿para qué es la vida?, ¿tiene algún sentido?, y si lo tiene, ¿qué me quiere enseñar?

Estas preguntas indican que no sabemos escuchar. La vida nos habla, y nos habla a todo instante pues nunca está en silencio, pero hay que aprender a oír. Lo que pasa afuera es solamente una indicación de que hay una lección por aprender. La vida siempre nos está enseñando, y no nos damos cuenta. Como se nos ha dicho muchas veces, no debíamos preguntarnos por qué me pasa esto, sino para qué me pasa. Si lo hiciéramos así cuánto aprenderíamos, pues la vida siempre quiere enseñarnos algo para nuestro crecimiento. Eso que nos enseña muchas veces puede ser doloroso para la personalidad, que, como la forma, también se destruye y muere. Y esa identificación con lo personal, con lo transitorio, no nos deja escuchar el canto de la vida. Hay mucho ruido allí. Si aprendemos lo que ella nos quiere enseñar, crecemos como almas; nos integramos más al Plan Divino; nos preparamos para participar en el gran concierto. Y esto es hermoso. Esto es un canto. Esto es verdadera felicidad.

Pero esto muchas veces no lo quiere escuchar la personalidad porque todavía no se ha puesto en armonía con los propósitos del alma. Esa personalidad tiene que acallarse para que el

alma, lo que somos realmente, escuche el canto de la vida. Tenemos que escucharlo en lo más profundo de nuestro ser. Al oírlo cambiaremos y querremos unirnos a los que ya lo escuchan. Humildemente empezaremos a integrarnos conscientemente al maravilloso concierto bajo la dirección Divina. Y como sabremos que para que ese concierto se realice es necesario que todos participemos en él, trabajaremos gustosos en despertar a nuestros hermanos para que escuchen el canto de la vida.

Sigue el aforismo: **“Y su enunciado no es, como tú que eres sordo puedes suponer, una exclamación, es un canto.”**

Aquí se nos indica que estamos sordos. Nuestro oído interno no puede oír. Toda nuestra atención ha estado puesta en lo externo. Y todo el ruido que el mundo externo produce no nos permite oír a la vida que siempre nos quiere hablar.

No se nos está diciendo que debemos renunciar a la vida externa. Es en este mundo externo donde tenemos las experiencias, donde son posibles las lecciones. Lo que se requiere es que las escuchemos y aprendamos. Tenemos que asimilar esas lecciones. Tenemos que verlas desde el punto de vista de lo eterno, de lo que somos realmente. Y eso es escuchar.

Pero el aforismo va más allá: se nos dice que lo que escuchamos no es una exclamación sino un canto. La vida no está buscando admiración de nuestra parte ni quiere admirarnos. Quiere mucho más: quiere transformarnos. Eso es un canto.

Pienso que todos nosotros hemos sentido la influencia de la música en nuestra vida. Naturalmente que hablo de esa bella música que han compuesto los grandes artistas, que, como son seres sensibles a la belleza, han sido capaces de percibirla en fuentes internas inaccesibles todavía para la mayor parte de nosotros. Han encontrado esa armonía en la vida infinita que se expresa en todas partes, y nos han mostrado esa vida a través de su obra inmortal. Naturalmente que no podemos ponernos en contacto con esa música y seguir siendo los mismos de antes de escucharla, aunque esto no dure a veces sino unos instantes.

El artista ha bebido en las fuentes de la vida que todos compartimos. En cada uno de nosotros existe esa fuente. Si él, por su propia naturaleza más sensible, ha sido capaz de ver más y más belleza, y asimilarla, y gozarla y bendecirla, no puede guardarla para sí. Si lo hiciera, se ahogaría. Tiene que mostrarla al mundo a través de su propia sensibilidad, y al hacerlo, pone en movimiento las fibras más íntimas de nuestro ser y nos eleva y nos transforma. Naturalmente que esa transformación depende de cuán receptivos somos a ese alimento espiritual. Pero si somos en alguna medida receptivos tiene que producirse una transformación en las profundidades de nuestro ser. Así compartimos algo de la naturaleza del artista y nos hacemos uno con él.

El verdadero artista es una especie de Sumo Sacerdote que oficia en el altar de la belleza. El verdadero artista ayuda a levantar un poco a la humanidad que se hunde en el fango. No puede ser de otra manera si se ha puesto en contacto con las fuentes de la vida. El verdadero artista ayuda a transformarnos con su música.

Por eso el aforismo nos dice que la vida no es una exclamación sino un canto, porque ese canto nos armoniza y nos transforma.

Nos sigue diciendo el aforismo: **“Aprende de él (de ese canto) que eres parte de la armonía; aprende a obedecer las leyes de la armonía.”**

Dios es armonía, como también es belleza y conocimiento y sabiduría y amor y paz. No hay más vida que Su vida y la vida que se expresa a través nuestro es Su propia vida. Esa vida es armonía infinita y por consiguiente nosotros somos parte de esa armonía. Así se expresa esa armonía en todos los seres en lo profundo de nosotros mismos, pero tenemos que aprender a expresarla en todos los niveles. No lo hacemos así y por eso hay desarmonía en el campo de la mente, de las emociones y de la acción física, en el campo de lo que no somos realmente, en el campo de la personalidad. En ese campo nos sentimos separados, diferentes, en conflicto de intereses y de propósito.

De la misma manera que la belleza de la rosa de nuestro ejemplo anterior es un reflejo de la belleza de la vida que quiere expresarse perfectamente como rosa, la armonía de los seres humanos en el mundo externo debe ser una expresión de la armonía de la vida que reina en lo profundo de nuestro ser. Pero para que así sea debemos sentirla. Es necesario escuchar su canto. Necesitamos oírla en su fuente, que es interna.

Esa armonía es el resultado de la aplicación de ciertas leyes naturales que debemos conocer. Si no las conocemos, aun teniendo buena voluntad, no produciremos estados de armonía sino de discordia.

En la Sociedad Teosófica estudiamos esas leyes de la naturaleza, que, como decía antes, son inmutables y eternas. Si queremos acertar, tenemos que obedecer esas leyes. No es violando las leyes de la naturaleza como nos hacemos libres, sino obedeciéndolas conscientemente. En el campo físico como lo hace el científico, y también en el campo emocional, mental, ético y moral como nos indica la Teosofía.

La vida es armonía, y la armonía tiene sus leyes que debemos conocer y aplicar siempre. No hay armonía donde no hay amor, no puede haber fraternidad si no hay amor, no podemos construir una humanidad feliz si no hay amor. Por eso ese canto de la vida nos está diciendo en la forma más bella y dulce e inspiradora: Ama a tu prójimo para que sea feliz, para que haya justicia en el mundo, para que haya paz, para que vivamos como hermanos, para que seamos dignos hijos de Dios, nuestro padre común.

* * * *

En el aforismo 5 hay también una nota larga del Maestro Hilarión, que comienza así:

Búscalo y escúchalo, primero en tu propio corazón. Al principio puedes decir: ‘No está allí, cuando busco encuentro discordia solamente.’ Busca más hondamente. Y si aun así te vez desengañado, detente y mira una vez más, más hondamente. Hay una melodía natural, una fuente oscura en todo corazón humano. Puede estar oculto, enteramente escondido y en silencio... pero está allí. En la base misma de tu naturaleza has de hallar fe, esperanza y amor.

Comienza la nota del Maestro: “Búscalo y escúchalo, primero en tu propio corazón.” El Maestro nos quiere significar que, en lo profundo de toda vida, manifestándose más o menos de acuerdo con el nivel de desenvolvimiento de cada vida, está la gran fuerza que mueve todas las cosas. Es la fuerza Divina. Dios no es un ser lejano que habita en un cielo imaginario. Está en todas partes, impregnándolo todo. En los átomos y en las estrellas, y por tanto en lo más íntimo del corazón de todo ser humano. Desde adentro de los seres y las cosas, impulsa su Plan que es la evolución para su completa realización. No hay vida que no sea su vida. Y la vida que nos anima y que creemos separada de la de los demás, no está de ninguna manera separada de otras vidas, sino que forma parte de la Única Vida que es la Vida Divina. Culminar la evolución es realizar ese sentido de la Unidad de la Vida. Y cada uno de nosotros tiene que cumplir esa realización más tarde o más temprano. Cuanto más pronto nos pongamos en armonía con el propósito Divino, mejor colaboraremos en ese Plan para el mundo.

Realizar la naturaleza Divina no es encontrar un Dios lejano. Es encontrar esa vida Divina en nuestro interior, la cual es nuestro verdadero Ser, el Ser Real, lo que realmente somos.

En la bella metáfora que hemos venido analizando, se expresa como un canto. Por eso el Maestro nos indica que primero debemos buscarlo y escucharlo en nuestro propio corazón. Si no podemos escucharlo allí, tan cerca, difícilmente podremos escucharlo en otra parte. Si algo escuchamos así de ese canto, es porque en alguna medida hemos realizado al Ser Divino dentro de nosotros. De otro modo no sería posible.

Cuanto más nítidamente escuchemos ese canto dentro de nosotros, mejor lo escucharemos en todo lo que nos rodea. Porque en esas profundidades del Ser no hay lejanía, no hay dualidades, no hay un tú y un yo sino el Uno. No escucharé yo mi canto y tú tu canto, sino ambos escucharemos el canto de la vida.

La siguiente advertencia del Maestro nos aclara el por qué no podemos escuchar ese canto de la vida, por qué fracasamos tantas veces, por qué “cuando busco encuentro discordia solamente.” Mucho nos conoce el Maestro y sabe cuál es nuestra queja.

Nos dice que estamos buscando en la superficie, y allí hay discordia. Hay distintos niveles de profundidad: en los niveles emocional y mental encontramos discordia; en el nivel espiritual encontramos fe, esperanza y amor. Por consiguiente, tenemos que buscar más hondamente, una y otra vez y otra vez. Los grandes oleajes, las tormentas, el movimiento gigantesco del océano, tienen lugar en la superficie y en las aguas cercanas a esa superficie. En las aguas profundas todo es calma, todo es paz, todo es tranquilo. Igual nos pasa a los seres humanos. Afuera es tanto el ruido que no podemos escuchar sino débilmente el canto de la vida. Ni podemos encontrar la paz, la armonía, la belleza, la sabiduría, el amor, que nada pueda perturbar. Tenemos que encontrarlo en las profundidades del Ser, y si lo hallamos, porque hemos puesto las condiciones adecuadas, se expresará naturalmente en lo externo.

Porque los Grandes Seres han realizado su verdadera naturaleza, son centros de infinita paz y belleza y armonía, y todo lo que consideramos digno de buscarse y encontrarse en este mundo. No buscan nada porque lo han encontrado todo. Y lo dan a manos llenas a todo momento.

Si Ellos lo han logrado, nosotros podemos hacerlo, porque somos de Su misma naturaleza. Ellos pasaron por las mismas tribulaciones nuestras y las vencieron. Y en Su infinito amor por Sus hermanos menores que somos nosotros, nos indican cómo hacerlo. Tenemos que poner atención a lo que nos dicen y transitar la misma senda que Ellos han recorrido. Los Maestros no dicen nada ocioso, cada palabra Suya es importante.

No podemos oír sino débilmente el canto de la vida en medio del ruido que produce nuestra propia personalidad. Tenemos que acallarla, y el modo de hacerlo es ponerla a tono con el alma. Para esto son útiles las indicaciones en los tres libros citados: *A los pies del Maestro*, *La Voz del Silencio* y *Luz en el Sendero*. La comprensión que de ellos tengamos dependerá de la forma en que tratemos de vivir sus enseñanzas.

* **

Tenemos que trabajar en dos sentidos:

- 1) Alimentar el alma, es decir, cultivar todo aquello que pertenece a su misma naturaleza de lo eterno. Todo lo que es bueno y verdadero y bello.
- 2) Adiestrar nuestros instrumentos físico, emocional y mental para que se hagan aptos para la tarea que el alma quiere cumplir a través de ellos. Tal como están, son de muy poca utilidad para el alma. La Teosofía nos enseña a conocerlos y nos indica cómo controlarlos, purificarlos y adiestrarlos.

En la medida que aprendamos a vivir como almas a través de los cuerpos que trabajen con el propósito Divino, oiremos cada vez mejor el canto de la vida. Nuestra naturaleza dejará de ser causa de perpetuos conflictos, de penas, de amarguras, y se convertirá en fuente de dicha, de paz, de armonía, de amor, sabiduría y fraternidad para quienes se pongan en contacto con nosotros. Dejaremos de ser una carga para el mundo, como lo hemos sido hasta ahora, y nos convertiremos en servidores de los benditos Maestros que infatigablemente trabajan para levantar un poco el pesado karma del mundo, ayudando a despertar espiritualmente a cada ser humano.

